

# MACAT

Miguel Fernández-Pacheco



A B A B

# MACAT

Miguel Fernández-Pacheco

A B A B

*Para M. L. y A. M.*

© Miguel Fernández-Pacheco  
© De esta edición: Abab Editores  
[www.ababeditores.com](http://www.ababeditores.com)  
[info@ababeditores.com](mailto:info@ababeditores.com)

Diseño de la colección: Scriptorium, S. L.

ISBN: 978-84-613-3611-1  
Depósito legal: M-13397-2012  
Printed in Spain

## I

Embarcarse puede implicar cierto riesgo, pero Aquiles Sayón vivía en una isla y lo había hecho tantas veces que no sintió el más ligero estremecimiento aquel amanecer de febrero de 1802. Si alguien le hubiera dicho que ese viaje cambiaría por completo su vida, no le habría tomado en serio.

—¿Veremos aparearse a las ballenas? —preguntó a quien le acompañaba, más por decir algo que por verdadero interés.

—Con suerte puede que todavía pasen, aunque estamos al final de la estación... —contestó el aludido—. No obstante —continuó tras una pausa—, nosotros, querido muchacho, quizás consigamos aparearnos, si bien mercenariamente, dentro de unas horas en Le Cap.

Se frotaba las manos y reía, mostrando unos dientes perfectos.

Aquiles permaneció serio. Durante un instante pensó que acaso el otro bromeara con doble intención.

¿Sería posible que conociera sus problemas en ese sentido? Enseguida rechazó la idea.

Ambos se acodaron en la borda y buscaron algún indicio de ballenas en un horizonte que la primera luz empezaba a definir, mientras los marineros se esforzaban en desatracar la balandra.

Pese a su corpulencia y su estatura, Sayón no aparentaba más de veinte años, mientras que su acompañante parecía doblarle la edad y las canas apuntaban ya en su rizado cabello. El joven era mulato; el hombre maduro, negro. Iban a bordo con un cargamento de azúcar, no del todo legal, que, llegados a su destino, tendrían que vender enseguida, regresando cuanto antes.

En tiempos de revuelta, y por tanto de implacable hambruna, la mercancía que iba bajo sus pies valía su peso en oro, incluso en una tierra que la había producido tan abundantemente. Esa circunstancia tal vez sí les inquietaba, aunque ninguno de los dos lo dejaba traslucir.

Hacía mucho que duraban las hostilidades y el más joven había crecido con ellas. Por otro lado, lo que costaran las cosas le tenía en ese momento tan sin cuidado como las leyes que las rigieran. En cuanto al mayor, daba la impresión de que aquel no era precisamente su primer cargamento más o menos clandestino. Se le conocía como Master Cat y para algunos era el “secretario” del cercano molino, aunque el muchacho lo llamaba familiarmente Macat. También él, si le hubieran adverti-

do que a partir de aquel día comenzaría a convertirse en otro hombre, se habría echado a reír.

Pese a su aspecto digno, incluso refinado y, más que nada, singular —tenía los ojos de un amarillo felino, inquietante—, Macat seguía siendo un simple esclavo, cosa cuando menos paradójica en un lugar que estaba tan convulsionado, sobre todo, por haber abolido oficialmente la esclavitud hacía relativamente poco.

Claro que el peculiar secretario hablaba y escribía con fluidez los varios idiomas habituales en el Caribe, tenía fama de buen agricultor, hábil mecánico y excelente contable, por lo que a nadie le extrañaba que se hubiera convertido en el factótum del molino de caña al que pertenecía. Muchos le consideraban como a un liberto y más de uno le trataba de usted.

A tales rarezas se unía su imperturbable personalidad, reservada y fría, que solo rompía cuando se le antojaba, y su aire misterioso, que no rompía jamás. No por eso dejaba de ser cordial cuando lo deseaba, mostraba entonces una facultad innata para llevarse bien con todo el mundo, pero sabía guardar las distancias y nadie podía presumir de ser amigo suyo, pese a que muchos lo apreciaban, entre otros el padre del chico, que era su amo, y el chico mismo, que lo adoraba.

La embarcación salió de la bahía y puso proa al oeste. La brisa le era propicia, el mar estaba en calma y el sol comenzaba a calentar.

Junto al timón, el capitán, único blanco de a bordo, y su contraestre se pusieron a hablar con el piloto sobre la situación política. Los tres se hacían lenguas de la inevitable llegada de un gran ejército francés al mando de algún general importante, hasta era posible que del propio Bonaparte, quien, con un golpe de fuerza, pondría orden en una revolución que ya había costado demasiada sangre. Por un lado parecían odiar semejante posibilidad, pero por otro, daba también la contradictoria impresión de que la desearan. Ninguno de los tres estaba contento con el antiguo líder revolucionario y reciente gobernador general vitalicio, el controvertido Toussaint L'Ouverture, al que acusaban de haber acabado volviéndose contra los suyos y comportándose, nada más alcanzar el poder, como un reyezuelo africano. Particularmente, el contraestre y el piloto no le perdonaban que, siendo negro como ellos, le hubiera dado a la colonia una constitución que, a su modo de ver, solo beneficiaba a los blancos y aún llevaban peor que hacía relativamente poco hubiera fusilado a Moïse, su sobrino y lugarteniente, que se había vuelto muy popular.

En contra de su habitual actitud reservada, Master Cat acabó interviniendo en la conversación para defender al que consideraba todo un libertador. Lo comparaba a Napoleón por su extraordinario talento militar y hasta se atrevía a poner sus dotes políticas a la altura de un Cicerón o un Marco Aurelio, a los que, por cierto, los

otros nunca habían oído nombrar. Naturalmente, le disculpaba las inevitables tropelías en las que hubiera podido incurrir. Si no se mostraba —según él— aún más duro con los codiciosos blancos, que ciertamente jamás habían jugado limpio, era por salvar la prosperidad de una parte de la isla que, como todos recordaban, había sido fabulosamente rica en manos de los franceses y ahora, regida por gentes de color, se encontraba empobrecida hasta límites difíciles de imaginar hacía solo unos años. Los otros tres no estaban exactamente de acuerdo y, aunque el blanco se puso de parte del negro del molino, pronto se discutió con calor.

Aquiles no quiso intervenir. Por supuesto, no había nada que le pareciera peor que aquella maldita revolución, en realidad una guerra feroz, que asolaba La Española desde hacía diez años, enfrentando a blancos, negros y mulatos en nombre de la libertad, la igualdad y la fraternidad. Hacía tiempo que había decidido no hablar de semejante monstruo, no pensar en él, escapar de él por todos los medios a su alcance. Por suerte se lo había podido permitir hasta entonces, pese a que miles de mulatos de su edad estaban movilizados. Se lo debía en gran parte a los trucos de Macat, que tenía amigos en el ejército libertador, aunque también a que vivía en un lugar medio escondido y en la parte española de la isla, algo menos implicada en los brutales conflictos que la sacudían. Ahora, su problema más acuciante era justa-

mente... conseguir aparearse como fuera. A eso dedicaba una buena parte de sus pensamientos.

Sin embargo, no pudo evitar distraerse del tema que le obsesionaba pues, a menos de un cuarto de milla de distancia, surgió del mar, como disparada, una desconocida ballena jorobada que, braceando con sus enormes aletas, describió en el aire una curva bastante considerable antes de volver a sumergirse, levantando menos espuma de la que hubiese sido de esperar en un corpa-chón como el suyo, de cuarenta toneladas y doce metros. Pronto apareció otra y otra más y en unos instantes el océano se convirtió en una agitada pista de baile donde los cetáceos, aleteando y coleando alegremente, protagonizaban un colosal ballet.

Lástima que, enseguida, la balandra, demasiado cargada para que el oleaje que levantaban le conviniera, cambió de rumbo y dejó a su popa el soberbio espectáculo.

Aquiles todavía continuó un rato embelesado con sus evoluciones, cada vez más lejanas. De improviso, le asaltó el recuerdo de la ansiosa mirada de despedida que le había lanzado su padre hacía un rato, en el muelle, y de su aspecto especialmente envejecido. Entonces apenas había reparado en ello, pero ahora le volvía a la mente la imagen de su progenitor, tremendamente grueso y amoratado, susurrándole a su secretario, con su voz enronquecida y asmática, entrecortadas frases en

inglés, que él no entendía, mientras cargaban los últimos sacos de azúcar. Sin duda el dinero debía de hacerle mucha falta.

En aquel momento, el capitán, que ya llevaba un rato oteando el horizonte con su catalejo, exclamó gritando como un poseso:

—¡Largad todo el maldito trapo! ¡Rápido, por Satanás! ¡La patrulla costera viene pisándonos los talones!

Aunque no veía nada, Aquiles se alarmó con la agitación que enseguida reinó en cubierta. Su acompañante, que lo advirtió, le puso la mano en la espalda y dijo:

—Tranquilo, hombre, primero tienen que alcanzarnos y cuando lo hayan hecho... —hizo un gesto de fastidio y, al final, se echó a reír.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que no pretenden estropear nuestro negocio. Solo hacer el suyo.

—No entiendo.

—Quiero decir que se conformarán con una parte, ni siquiera exagerada, de nuestros beneficios.

—¿Estás seguro?

—Claro. No es la primera vez...

Sin embargo, se equivocaba.

Antes de tres minutos distinguieron claramente la silueta de una goleta muy marinera, con todas sus velas desplegadas, que en otros cinco se les vino a babor y cuyo capitán solicitó permiso para subir a bordo. Lo

hizo con media docena de infantes de marina, armados hasta los dientes, que tomaron posiciones estratégicas por la balandra. El siguiente cuarto de hora transcurrió en el camarote de su capitán, del que acabó saliendo este para decirle al joven, que había preferido quedarse fuera:

—Pasa, chico.

—¿Para qué?

—Tienes que firmar.

—¿Firmar?

—Sí, por todos los diablos, nos embargan la puñetera carga... y suerte que no se quedan con el barco y nos envían a la cárcel a todos.

—Master Cat me dijo que se arreglaría.

—También yo lo creía así, pero hoy es un mal día; les tienen miedo a sus jefes... parece que está al caer una flota enorme...

Así fue como pocas horas después, perplejos y cariacontecidos, Aquiles Sayón y Master Cat desembarcaron en Le Port, con unos cuantos papeles oficiales sobre el embargo de su azúcar por todo capital.

—¿Y qué podemos hacer ahora?

—Primero conseguir un buen trago de ron y, con suerte, algo de dinero, para aparearnos como cualquier ballena. Luego escribirle a tu padre contándole lo ocurrido y, por último, encontrar el modo de volver al molino.

Lo más sencillo fue el trago, que se escanció generosamente en *Aux armes citoyens* en pleno barrio del puerto. Su propietario, un liberto de La Martinica llamado Roi Bossal, pese a ser íntimo de Macat y fiar todo el ron que se deseara, se negó a aportar metálico alguno, de modo que hubo que ir a buscarlo a casa de otra amiga del negro, la vieja Ti-Marí, quien, además de vender lotería clandestina, prestaba dinero con intereses usurarios. Después se dirigieron al burdel de *madame* Gamarissel. Y a partir de ahí todo se enredó aún más.





Esta edición de  
MACAT  
es la primera de un original  
escrito en Pozuelo de Alarcón,  
Majadahonda y Madrid entre 2005 y 2006.  
Se compuso en *Bodoni Old Face BE Regular*  
y se acabó de imprimir en Madrid,  
la primavera de 2012

En 1802, cerca de cuarenta mil soldados franceses a las órdenes del joven general Leclerc —esposo de Paulina, hermana menor de Napoleón Bonaparte— desembarcan en su colonia de Saint Domingue. Están dispuestos a reducir a cientos de miles de esclavos que, amparándose en las ideas revolucionarias de la Convención, votadas en París pocos años antes, se han declarado libres y creado un ejército formidable.

Sobre ese telón de fondo se desarrolla una comedia —no por terrible menos amable— que incluye ansiedades del primer amor y artimañas de los insurgentes en las que desempeñan un papel preponderante sus antiguos ritos africanos.

ISBN 978-84-813-3611-1



9 788461 33611 1